

de todos los ánimos, y yo, cediendo á pesar mio á la necesidad de complacer á mis soldados, dicté las órdenes que habeis oido. Pero mi alegría es inmensa al ver que vuestro obispo se opone abiertamente á regresar sin la victoria.

Por mi parte, añadió, acojo los deseos de los que quieran proseguir adelante; pero como no quiero soldados tímidos, indecisos, y sé que algunos desean volver, yo avanzaré con los que queden á mi lado; pero no me opondré á que se vayan los que quieran, y al efeco voy á mandar prevenir embarcaciones y víveres para que puedan hacer el viaje.

Apénas pronunció estas palabras Hernan Cortés, fué aclamado por todos los presentes.

A sus voces no tardaron en acudir los demas soldados, los cuales, con las mayores demostraciones de júbilo, ofrecieron á su jefe no abandonarle nunca.

Ninguno quiso regresar á Cuba.

Diego de Ordaz y los demas que el dia anterior habian pedido á Hernan Cortés que dictase las órdenes de marcha, se excusaron como pudieron, y gracias á la habilidad de Marina y á la táctica de su amante, el desaliento de los soldados se trocó en enérgica abnegacion.

## CAPITULO LI.

### Un golpe maestro.



UNA inesperada fortuna vino en auxilio de Hernan Cortés.

Al dia siguiente de la ovacion de que hemos dado cuenta, hallábase Bernal Diaz del Castillo con un soldado de centinela en una de las avanzadas del cuartel general, cuando vieron llegar hácia su tienda cinco indios.

Hacia ya muchos dias que los habitantes de San Juan de Ulúa los tenian completamente abandonados.

Aquellos cinco hombres no podian inspirar recelo alguno á los centinelas, y les dejaron llegar hasta donde estaban.

Al aproximarse á ellos hicieron señales de paz, y manifestaron que iban á ver al general del ejército con una misión importante.

—Por lo que pueda tronar, dijo Bernal Diaz del Castillo á su compañero, quédate en acecho á ver si siguen á éstos algunos otros; y si así sucediere, dispara tu arcabuz. Esa será la señal para que acudamos todos á la defensa.

En seguida partió con los cinco indios adonde estaba Hernan Cortés á anunciar su llegada, y no tardaron en hallarse en su presencia.

Hernan Cortés los recibió con la mayor benevolencia.

Antes de oirlos mandó que los agasajasen, y supo por Marina que no eran mexicanos.

Diferenciábanse, en efecto, por el traje de los habitantes de San Juan de Ulúa.

Sin embargo, como éstos, llevaban en las orejas y en el labio inferior gruesos zarcillos de oro.

Marina sirvió como siempre de intérprete, gracias á lo cual pudo saber Hernan Cortés que aquellos indios eran embajadores del soberano de Zempoala, provincia situada en la costa oriental, no léjos de San Juan de Ulúa.

—Ha llegado á oídos de nuestro señor y dueño, le dijeron los embajadores, el triunfo que han alcanzado vuestras armas en Tabasco, y por ser nuestro soberano admirador de los valientes, nos encarga que vengamos á ofrecerles su amistad.

Enterado Hernan Cortés de que Zempoala estaba en el camino de Quiabiskan, donde pensaba establecerse, aceptó con regocijo la amistad que le ofrecían los embajadores de parte del cacique; y para arraigarse más y más aquel afecto, que segun conoció, estaba más basado en el miedo que en la amistad, hizo varias preguntas á los embajadores.

—¿Por qué razon, les preguntó, hallándose vuestro país tan próximo á este, habeis tardado tanto tiempo en desear mi amistad?

—Porque estaban á vuestro lado los mexicanos, le contestaron, y adonde ellos están no queremos ir nosotros.

—¿Los temeis?

—No; pero sus crueldades nos irritan.

Así es que hasta que hemos sabido que os habian abandonado, ha permanecido nuestro cacique retirado.

Pero ahora nos envía á ofrecerles sus servicios.

—¿Y por qué quereis tan mal á los mexicanos? preguntó Hernan Cortés.

—Porque obedecen al monarca más tirano del mundo.

—¿Moctezuma es tirano?

—Es el hombre más digno de odio por su soberbia, por su tiranía.

—¿Pues qué hace?

—Esclavizar á todos sus vasallos, dejar sentir el ominoso yugo de su tiranía sobre algunas provincias, que, como la nuestra, aspiran á vivir independientes.

Estas noticias agradaron en extremo á Hernan Cortés.

Moctezuma tenia enemigos.

Poniéndolos de su parte, engrosaba sus filas y facilitaba su victoria.

¡Cuán fácilmente puede un conquistador audaz derrotar á un emperador un tirano!

La mayor fuerza de los reyes es el amor de sus vasallos.

El tirano concita contra él el odio de sus súbditos, y cuando un hombre independiente sabe aprovechar este odio, no hay soberano, por fuerte que sea, que resista á su empuje.

Ofreció muchos regalos á los embajadores del cacique de Zempoala, y al despedirse de ellos les prometió que iria muy en breve á visitar á su soberano, para estrechar más y más el lazo amistoso que habia ido á ofrecerle.

Proponiéndose como se proponia fundar una colonia en Quiabiskan, creyó oportuno detenerse al dirigirse á aquella poblacion en el estado de Zempoala.

Todo iba saliendo á medida de los deseos de Hernan Cortés.

Pero como necesitaba á toda costa destruir las conjuraciones que podian formarse en las filas de su ejército, acordó desde luego convertir su cuartel general en un verdadero Estado, dando á sus capitanes cargos que satisficieran su amor propio, y regularizó la marcha de los negocios.

Reuniéndolos á todos, les comunicó su proyecto.

—Hemos de ir á poblar la provincia de Quiabiskan, les dijo; pero conviene que á donde quiera que vayamos llevemos el orden.

Así es que he resuelto, para que todos los actos estén justifi-

cados, distribuir entre vosotros los cargos necesarios para el gobierno de los puntos en donde nos establezcamos.

Esta resolución agradó en extremo á muchos, y procediéndose á la elección, nombró alcaldes á Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco Montejo; regidores á Alonso Dávila, Pedro y Alonso de Alvarado y Gonzalo de Sandoval; alguacil mayor, á Juan de Escalante, y procurador general á Francisco Alvarez Chico.

Hechos estos nombramientos, tomaron posesion de ellos los agraciados, y comenzaron á desempeñar sus cargos, dando al espacio que ocupaba el cuartel general el nombre de la Villarica de la Vera Cruz.

Todos estos actos reanimaron á los soldados, porque los hombres se entusiasman fácilmente cuando su amor propio está satisfecho.

Reunido á ruegos suyos aquel ayuntamiento en presencia de todos sus soldados, con las mayores pruebas de respeto y sumision, pronunció el ilustre caudillo un notable discurso, reconociendo en las autoridades la representacion del rey, sin otro objeto que el de desentenderse por completo de la autoridad que le habia conferido Diego de Velazquez.

—Yo he hecho cuanto he podido por demostrar los nobles deseos que me alientan en favor de nuestra muy amada patria, dijo.

Pero al mismo tiempo reconozco que los títulos que aquí me autorizan á ser vuestro jefe, vuestro caudillo, no son bastantes.

Yo os entrego con gusto el título que debo á Diego de Velazquez; yo dejo en vuestras manos el baston de mando que me ha conferido.

Vosotros, en quienes reside ahora el poder real, nombrad la persona á quien creais más digna de llevar á cabo la empresa que aquí nos ha traído.

Yo me retiro dispuesto á acatar vuestra resolución, que si en

la guerra se aprende á mandar obedeciendo, tambien hay casos en los que el haber mandado enseña á obedecer.

Acto continuo se retiró á su tienda tranquilo, porque estaba seguro de la resolución que tomarian aquellos representantes del poder real que él habia formado á su gusto.

En efecto, apénas se separó de su lado Hernan Cortés, resolvieron unánimemente los militares convertidos en regidores, que solo él debia mandar la expedicion, obligándole á que la mandase si se negaba á ello.

Para dar mayor solemnidad á este acto, se hizo que el pregonero convocase á los soldados convertidos en pueblo, y les diese noticia de la resolución tomada por las autoridades.

Entusiasmados los ciudadanos, más que por otra cosa, por ejercer el derecho de provision, aclamaron allí unánimemente á Hernan Cortés, y formando una solemne procesion, fueron todos hasta la tienda del caudillo, al que con gran solemnidad dijeron:

—En nombre del rey don Carlos, la Villarica de la Vera Cruz os nombra gobernador del ejército de Nueva España, y en caso de que os negueis á aceptar este título, está resuelto á obligaros, por ser así conveniente al bien público de la villa y al mayor servicio de su majestad.

Hernan Cortés se manifestó dispuesto á aceptar, y todo salió á medida de su deseo.

Sin embargo, los amigos de Diego de Velazquez comenzaron á trabajar con actividad en contra de aquel ayuntamiento y de Hernan Cortés, dando á entender que todo aquello habia sido una comedia para dar mayor impunidad á los actos del jefe.

La conjuracion de éstos tomó tan serias proporciones, que Hernan Cortés se vió obligado á mandar que públicamente fueran llevados presos á uno de los bajeles Diego de Ordaz, Pedro Escudero y Juan Velazquez de Leon.

No contento con esto mandó ponerles cadenas.

Estas medidas infundieron un inmenso pavor en el ejército. Pero Hernan Cortés le tranquilizó, declarando que habia decretado la prision de aquellos hombres, por considerarlos como sediciosos y perturbadores de la tranquilidad pública.

Su energía asombró á los mismos que hasta entónces estaban acostumbrados á verle mandar.

Pero al mismo tiempo procuraba por debajo de cuerda que aquellos hombres á quienes tenia encadenados impetrasen su perdon, y tan bien arregló esta segunda comedia, que no tardaron en implorar su gracia, con lo cual tuvo ocasion de poner en relieve su magnanimidad y de captarse por completo las simpatías de todos.

No se puede negar que estas medidas, necesarias en aquellos momentos para mantener el orden y la disciplina, son una prueba del gran talento del conquistador de México.

No faltan historiadores que atribuyan al portentoso génio de Marina la inspiracion de estas determinaciones.

## CAPITULO LII.

### Zempoala.



El abandono en que tenian los indios á los españoles en San Juan de Ulúa, fué causa de que empezaran á experimentar necesidad de víveres.

Hernan Cortés envió á Pedro de Alvarado al mando de cien hombres en busca de provisiones.

Hízolo así, en efecto, y en dos ó tres aldeas que visitó halló la prueba del temor que infundian á los indios.

Todos habian abandonado sus casas, llevándose sus joyas; pero en cambio habian dejado en ellas maíz, gallinas y frutos.

Sin destruir los edificios, se apoderaron los soldados de los víveres, y regresaron con ellos al cuartel general.

No tardó en disponer Hernan Cortés el embarque de los españoles para dirigirse á la ensenada de Quiabislan.

No todos se embarcaron.

Hernan Cortés resolvió ir por tierra hasta Zempoala, dando cita á los buques en Quiabislan.

Aquella marcha de exploracion debia servirles para enterarse más y más de la actitud de los moradores de aquel país.

Envió delante un destacamento para que reconociese el terreno y facilitase la marcha, y al poco tiempo, despues de abandonar el campamento, encontraron el rio de Zempoala.

Para atravesarle tuvieron necesidad de utilizar algunas canoas de pescadores que hallaron en la orilla.

Los jinetes le vadearon.